

LAS CELEBRACIONES LITÚRGICAS EN LAS «IGLESIAS POBRES»

El título que encabeza este Editorial precisa una explicación. Al hablar de «iglesias pobres» no nos referimos a la escasez de medios materiales, a falta de dinero por ejemplo. La «pobreza» a la que aquí aludimos es de otro tipo. Se trata de la «pobreza» que sufren aquellas comunidades que, por causas diversas, no tienen a su alcance todos los elementos que harían más expresiva su celebración.

Esta «pobreza» tiene como dos connotaciones que es preciso distinguir y equilibrar: por una parte la ausencia de algunos elementos de los que se puede prescindir y por otra la posibilidad de realizar, en cambio, de manera incluso suficientemente expresiva, los signos fundamentales de la celebración, aunque ésta resulte menos rica de lo que sería deseable.

Situada, pues, la celebración en este contexto de «pobreza» es necesario velar para que no falte un doble esfuerzo: por una parte el de realizar, con mayor empeño si cabe, los ritos fundamentales (no abreviar, por ejemplo, las lecturas de la noche pascual) y por otra el de no empeñarse en conservar también aquellos otros elementos más secundarios que, en este supuesto, se realizarían de manera poco auténtica y consiguientemente falsearían la celebración (buscar, por ejemplo, diversidad de ministros para cada lectura recurriendo a personas que no tienen dicción clara).

Cuando se trata de las celebraciones de una iglesia «pobre» en manera algunas puede admitirse -como de hecho pasa no pocas veces- el principio del «o todo o nada». En muchos casos no será posible, por ejemplo, tener más ministros que el celebrante pero, en cambio, con un poco de esfuerzo, podría lograrse una lectora; en otro lugar no será posible ningún lector, pero sí en cambio, un ministrante; en un tercer lugar no habrán ni lectores ni ministrantes pero podría lograrse algún canto; en otro lugar, aunque no sea factible el canto de la asamblea, el celebrante, en cambio, posiblemente será capaz de realzar alguna de las partes más significativas cantando él alguno de los textos más relevantes de su ministerio presidencial.

La «pobreza» en que se ven sumergidas muchas celebraciones puede ser de índoles muy diversas. Es «pobre», por ejemplo, la pequeña parroquia rural formada únicamente por un reducido grupo de ancianos, sin ningún tipo de reciclaje postconciliar, que ha vivido su fe -y a veces con una intensidad que hoy añoran comunidades mucho más formadas- pero con medios diversos y mucho más pobres que los que usa la Iglesia después de la reforma conciliar.

Será también «pobre» -para poner un segundo ejemplo- la asamblea de un hospital compuesta de fieles, que incluso posiblemente ante la enfermedad están especialmente abiertos a las riquezas espirituales, pero que ni han tenido la posibilidad de preparar las celebraciones ni tienen entre ellos mismos o con el sacerdote que preside la celebración aquella relación previa que les permitiría preparar los actos celebrativos.

Es «pobre» también la comunidad que, aunque esté formada por personas cultas y puestas al día, está presidida por un ministro que debe atender a varias parroquias y por ello dispone únicamente de un tiempo muy limitado para dedicar a cada una de ellas. Es el caso, por ejemplo, de las comunidades de monjas contemplativas servidas por un ministro que luego debe atender a una parroquia u otra iglesia con un número superior de fieles que le esperan; o aquella otra que, debido a la estructura de la propia iglesia, se ve alejada del lugar donde los ministros actúan y aisladas incluso -¡si es que no están solas!- del resto de la asamblea. O la del pequeño pueblo que en los días de Semana Santa se llena de gentes de la ciudad y acuden con más posibilidades de paz y sosiego que en su parroquia habitual de la grande urbe pero cuyo ministro atiende a varias parroquias. Y la lista de «pobrezas» similares podría, sin duda, prolongarse.

Todas estas iglesias «pobres» celebran la liturgia de los días santos. Y deben celebrarla no simplemente para cumplir con un rito habitual sino para alimentar con la liturgia su fe y vivir su esperanza. Y en estas comunidades «pobres» los ritos de Semana Santa deben celebrarse no solo válidamente sino como la «cumbre y fuente» (Sacr. Conc. 10) de la vida cristiana y religiosa de los participantes.

La vida litúrgica de estos fieles no puede ciertamente limitarse a la Eucaristía dominical (o diaria en las comunidades contemplativas). Necesitan también que las liturgias extraordinarias de la Semana Santa y del Triduo pascual alimenten su fe y enriquezcan su oración. Y ello comporta una dificultad: estas celebraciones, debido sobre todo a la abundancia y extraordinariedad de sus ritos, resultan mucho más difíciles que las celebraciones habituales.

¿Cómo proceder, pues, en estos casos? Un examen de la realidad celebrativa de estas comunidades «pobres» no sería seguramente muy alentador. En muchas de estas comunidades se «cumple» externamente con los ritos - aunque incluso bajo el aspecto meramente externo de los detalles rituales de manera casi siempre harto deficiente- pero las celebraciones se hacen con poca o ninguna «vida». Los ritos se realizan de prisa y con ello se da por cumplida la obligación... y luego se pasa a otra cosa.

Y se trata, por una parte, la celebración de los días centrales del año litúrgico, es decir, de las celebraciones culminantes de la vida cristiana. Y, por otra a veces -nos referimos sobre todo a los Monasterios de monjas contemplativas- de comunidades que, por la especificidad de su propia vocación, están llamadas incluso a ser «fermento» de vida y oración para el resto de los fieles (Cf. Lum. Gent. 44).

Es, pues, a todas luces urgente buscar remedio a esta grave deficiencia. No puede permitirse que a estas comunidades «pobres» les falte el alimento más substancial de la vida de oración y celebración cristianas. Posiblemente no sea factible lograr una celebración de los días santos con todos los detalles y posibilidades que ofrecen los libros litúrgicos del Vaticano II; pero por lo menos hay que procurar que se realicen los ritos de la mejor manera posible, con la mayor expresividad que este al alcance de cada tipo de comunidad «pobre» y sobre todo con la más intensa participación -especialmente espiritual- de los que celebran la liturgia de los días santos.

Es ésto precisamente lo que intentamos brindar en el Material para la celebración de este número. No se trata ciertamente de una tarea fácil pues los libros litúrgicos actuales suponen comunidades «normales». Nuestro proyecto no pretende, en manera alguna, presentar una manera celebrativa ideal. Se trata más bien de ofrecer, con criterios de seriedad, un modo de celebración que resulte posible y minimamente expresivo frente a la «pobreza» de algunas comunidades. Y de hacerlo de la manera más equilibrada y teniendo a la vista unos criterios objetivos debidamente jaraquizados. Porque no todo en la celebración tiene la misma importancia. La lectura, por ejemplo, de la Palabra de Dios en la Vigilia pascual o en el Domingo de ramos es más importante que la bendición del fuego o de los ramos. Y también es de mayor momento la participación «consciente, piadosa y activa» de la asamblea (Cf. Sac. Conc. 48) que el hecho ->«deseable» ciertamente pero no siempre «posible»- de que sean varios los ministros (los lectores, por ejemplo) que «sirven» a la asamblea para que ésta pueda participar mejor -de modo consciente y espiritualmente activo - de la misma.

Nuestro propósito es alejar el peligro -demasiado frecuente aún en no pocos lugares- de situar como centro de interés aspectos más secundarios y externos mientras se olvidan o se dejan sin relieve ciertos elementos centrales y mucho más importantes. No puede tolerarse, por ejemplo, concentrar todos los esfuerzos en lograr lectores para las diversas perícopes a costa de que la asamblea no alcance comprender bien el mensaje. En caso de «pobreza» de personas capaces de leer bien en público siempre será mejor optar porque proclame todas las lecturas un mismo ministro -eventualmente incluso el mismo celebrante- antes que lograr solo unos lectores a los que no se acabe de comprender sino con dificultad. ¿No resulta, en efecto, de mayor importancia que el pueblo participe interiormente captando la palabra que Dios le dirige que el hecho ->«deseable» ciertamente, pero en algunas comunidades «pobres» difícil- que lograr variedad de lectores para la acción litúrgica?

El material que presentamos para las iglesias «pobres» no consiste en el proyecto de unos ritos nuevos, pues «nadie, aunque sea sacerdote, puede añadir, quitar o cambiar cosa alguna por iniciativa propia en la liturgia» (Sac. Conc. 22). Se trata simplemente de adaptar -de la mejor manera posible- los ritos eclesiales vigentes a unas determinadas posibilidades celebrativas. La Santa Sede podría, en su caso, proyectar, como lo hizo en su tiempo Benedicto XIII y más tarde Benedicto XV con el «Memoriale Rituum», unos modos

celebrativos más simples que los que figuran en el Misal. Sabemos incluso que en algún momento se ha pensado en ello y nos alegraríamos de que se reemprendiera el proyecto. Pero proyectar nuevos ritos no es competencia privada; corresponde exclusivamente a la Sede Apostólica (Sacr. Conc. 22). Nuestras posibilidades se limitan únicamente a ofrecer subsidios para celebrar de la manera más expresiva posible la liturgia tal como figura en los libros litúrgicos de la Iglesia. Y es ésto lo que pretendemos hoy en el Material que ofrecemos en este fascículo.

P. F.

MATERIAL PARA LA CELEBRACION EN CATALAN

Por problemas técnicos, el material para la celebración *en catalán* (que reciben los suscriptores de Baleares, Cataluña y Valencia) correspondiente a este número doble, será enviado separadamente.